

## ***Transferencia: la temporalización\****

Saúl Paciuk

A Ezra Heyznann,  
maestro y amigo

I El término transferencia no pertenece al campo del psicoanálisis y el fenómeno, como lo señala Freud, aparece en muchas otras situaciones. Pero mientras en ellas “no es reconocida como tal”,<sup>3</sup> en el análisis “la transferencia se descubre”<sup>2</sup> “se revela y se aísla”<sup>8</sup> así: “en el curso del tratamiento analítico se establece una relación afectiva especial del paciente con el médico, la cual traspassa toda medida racional”.<sup>7</sup> Relación especial que configura una especie de malentendido, de “falsa conexión”<sup>1</sup> que el analizando comete en su *percepción del* y en su *trato con* el analista. Falsa porque ignora la “situación real”,<sup>10</sup> de aquel que es *en realidad*.

Este descubrimiento supuso un salto valeroso que sólo podía dar una visión desembarazada de narcisismo, condición para no quedar *tomado* por el malentendido —en el marco de lo que ahora llamaríamos identificación proyectiva— y entrar en el circuito de actuación que la transferencia promueve, convirtiéndose el analista en el personaje que la falsa conexión concita.<sup>18</sup> Condición, también, para llegar a aquilatar la medida en que Breuer “no logró comprender la índole impersonal de ese proceso”,<sup>9</sup> proceso que se inicia con la crucial pregunta del analista por su función, asumiendo que puede no ser la obvia y que hay una distancia entre *él mismo* y *ese* por quien se pregunta.

- 
- *Escrito especialmente para la Revista Uruguaya de Psicoanálisis*
  -

Fundado en su contratransferencia, el analista se encuentra entonces con que esto que está pasando con el analizando, pasa con *otro*, que hay *otro* entre ambos. ¿Quién?

La relación que se instaura “toma todas sus peculiaridades de actitudes eróticas anteriores, tornadas inconcientes, del paciente”<sup>7</sup> “La transferencia designa así la notable peculiaridad que presentan los neuróticos de desarrollar hacia su médico vinculaciones emocionales, tanto afectuosas como hostiles, que no están fundadas en la respectiva situación real sino que proceden de la situación parental”.<sup>10</sup> Por este camino la transferencia, lo actual, encuentra su razón en el pasado, una razón que le quita la inadecuación con la que primero se viste. Y, a la vez, se vuelve *otra manera* de recordar, en acto y no en palabras, al reconocerse que este *otro* es la reiteración de alguno de los personajes entre los cuales el analizando ha ido gestando su peripecia.

En un nuevo giro genial, el “obstáculo” que representa la falsa conexión se transforma en manos de Freud: la transferencia ahora puede ser analizada en lugar de actuada.

II Recapitulemos. “¿Qué son las transferencias? Reediciones o productos facsimilares de los impulsos y fantasías que han de ser despertados y hechos concientes durante el desarrollo del análisis y que entrañan como singularidad característica de su especie la sustitución de una persona anterior por la persona del médico. O para decirlo de otro modo, toda una serie de sucesos psíquicos anteriores cobra vida de nuevo, pero ya no como pasado sino como una relación actual con la persona del médico. Alguna de estas transferencias se distingue de su modelo tan sólo en la sustitución de la persona. Son pues, insistiendo en nuestra comparación anterior, simples reproducciones o reediciones invariadas.”<sup>2</sup> “La transferencia no es por sí misma más que la repetición y la repetición es la transferencia del pasado olvidado.”<sup>4</sup>

Consecuentemente, “El medio de vencer la transferencia es demostrar al enfermo que sus sentimientos no son producto de la situación del momento ni se refieren, en realidad, a la persona del médico, sino que repite una situación anterior de su vida. De este modo le forzamos a remontarse desde esta repetición al recuerdo de estos sucesos originales”,<sup>5</sup> en un tránsito que

desanda el que llevó a la producción de la transferencia. Del efecto a la causa, de la falsa conexión, del error, a la verdad escondida.

Así pues, algo *hecho* y concluso, aislado, pasado, aun en su carácter de haber tenido una “evolución psíquica incompleta”, 3 es repetido luego de cierto silencio. De alguna manera esto anterior debe haber quedado registrado y conservado, como huella o marca, para que sea posible su posterior reproducción. Como ocurre con las fotografías, los expedientes, o mejor, con las palabras en el diccionario, esto es, todas definidas y presentes a un tiempo y cada una con sus varias acepciones.

Se comprende el éxito del modelo, de la “imagen”. Pero es necesario explicar todavía qué mueve a estas imágenes, en sí mismas inertes, su puesta en marcha y su reproducción, qué le aporta la energía necesaria. De lo cual tenemos por lo menos dos versiones: “La libido ha emprendido, total o parcialmente, una regresión y así ha reanimado las imágenes infantiles”;<sup>3</sup> o bien se trata de una fuerza peculiar, la “compulsión y la repetición”. 6

¿Cómo no oír aquí los ecos de un pensamiento cuyo ejemplo es la teoría del trauma y su causalismo mecanicista, que separa energía y materia?

En un momento, en el pasado, está la causa, la razón suficiente, el motor. Hallado, se posee una explicación que vuelve inteligible lo que se muestra en la falsa conexión. Lo que además acuerda con el ideal del inocente analista espejo, que nada ha puesto de sí en la falsa conexión, que apenas interviene para desenmascararla.

Algo como un sujeto dador de respuestas individuales a estímulos singulares está detrás de la idea de la falsa conexión. Es falsa en cuanto se postula que para cada estímulo el sujeto puede dar una respuesta diferente. Y en tanto se posea algún criterio, necesariamente exterior, que permita considerar cuándo un estímulo difiere de otro y cuándo se confunde con él. A un mundo atomizado, articulado en instantes aislados, poblado de estímulos infinitos, debe corresponder un sujeto sin el peso de una historia, con una apertura ilimitada y un repertorio de respuestas correlativo. La transferencia representa un bloqueo en esta disponibilidad. Disuelta, el sujeto ingresaría en

el reino de la pura objetividad y entonces sí tendrá acceso a la “situación real” y sus sentimientos se referirán, “en realidad”, a la persona del médico.

Pero, ¿es sostenible tal atomismo y es la puntualidad algo que tiene alguna forma de confirmación? Más bien no. Los estímulos se organizan en clases, los sentidos suponen una clasificación y una generalización: cada integrante de una clase se convierte en representante de ella. El repertorio de respuestas no es infinito y ellas están modalizadas. La contingencia, el error, la falsa conexión, no son meros accidentes sino por cierto el rasgo más notorio de nuestra condición.

Por otro lado, la puntualidad y la pura disponibilidad tampoco pueden concebirse en el sujeto. Su inserción en cualquier situación está configurada por su experiencia previa y ésta es tan irrenunciable como es de imposible un acercamiento que no esté fundado en alguna forma de experiencia ya tenida que, al transferirse, le dice de qué clase de fenómeno se trata y qué debe hacer, si acercarse o huir. Lo “pasado” se vuelve aquí medio y preparación para el trato con lo real y no obstáculo que lleva a la conexión desvalorizada por “falsa”.

Es de preguntarse todavía cuál es el lugar de la “realidad”; si ella no es algo que se aparece por el solo hecho de abrir los ojos, puesto que hay falsas conexiones y la repetición que falsea la conexión sólo es visible como tal para el analista y hasta ser comprendida por el analizando, este afirmará su sentimiento como respondiendo a lo real. ¿Estará la realidad al cabo de la disolución de la transferencia? Pero, ¿qué asegura que no estamos entonces en otra modalidad de transferencia, si más bien parece que “los sentimientos transferenciales no pueden ser diferenciados estrictamente de los que se refieren a otra persona como tal y no como sustituto parental”? 12

El camino de la mera repetición y del pasado formado por unidades discretas que son causa que explica, se vuelve poco transitable. El que fuera el camino que Freud recorrió de modo más notorio no es argumento suficiente para hacer olvidar que, como todo camino, tiene un punto de partida concreto y que éste lo condiciona y que son posibles otros arranques. Ni para hacer

olvidar que alguno de estos arranques tiene origen en los claros que deja la interpretación *oficial* de la obra de Freud.

III En el mismo texto en el que afirma la repetición,<sup>8</sup> Freud habla de “un clisé o una serie de ellos, repetido o reproducido luego regularmente, a través de toda la vida, en cuanto lo permiten las circunstancias exteriores y la naturaleza erótica de los objetos asequibles, pero susceptible también de alguna modificación bajo el influjo de las impresiones recientes”.<sup>3</sup>

Hablar de clisés es hablar de estereotipos y hablar de series es hablar de secuencias de conductas que van dibujando *estilos* de relacionamientos. De este modo la relación aparece modalizada, estructurada según ciertos padrones, al modo de los objetos internos, introyectados como conducta de alguien.

De aquí a pensar en estructuras ordenadoras de estas posibles modalidades hay un paso que es el que da Melanie Klein con su concepto de posición. <sup>14</sup> Una vez determinados los modelos de relación, se trata de identificar en la relación actual el modelo al que se adscribe.

Por un lado, las relaciones de objeto serán estructurantes de las peripecias que constituyen la vida humana, pero a la vez hallamos ciertas estructuras (esquizo-paranoide y depresiva) en el modo de darse esas relaciones. Y también un proceso (de lo esquizo-paranoide a lo depresivo) en el modo de articularse entre sí esas figuras que devienen momentos.

El problema de lo real y de la falsa conexión dejan su lugar. El analista pasa a significar según la relación en la que aparece involucrado y esto es ahora lo real. No hay tampoco nada como inscripciones, huellas, reapariciones que siguen a alguna forma cíclica latencia. Las relaciones de objeto que conforman las posiciones tienen una existencia permanentemente activa, aun cuando no sean visibles y deban esperar la mirada del analista para que sus señales se ordenen en un sistema y tengan nombre.

La neurosis de transferencia “se origina en los mismos procesos que determinaron las relaciones de objeto en los primerísimos estadios”. <sup>15</sup> Transferencia ya no trata de una distorsión del presente por invasión del

pasado que se repite, sino de una estructura que, como tal, es una *constancia*. No hay repetición ni compulsión sino permanencia de la estructura a la que responden la situación actual y las del pasado.

La transferencia apareció antes como un movimiento retrospectivo, en el cual lo actual perdía entidad y se disolvía en dirección a un pasado. Ahora el presente adquiere tal relevancia que hace ocioso el recurso al pasado, el que se convierte en un auxilio más o menos necesario para ilustrar mejor lo actual. Todo pasado es convocado por el presente, y no hace más que hablar de lo actual, de la relación con el analista. El cómo es ella en sus múltiples facetas se comprende a través de las fantasías que la sustentan y el “pasado” es una de ellas: “toda historia es historia contemporánea”.

Algunos hitos de esta revalorización de lo actual están ya en Freud. Así dice de la transferencia que “toda una serie de sucesos psíquicos anteriores cobra de nuevo vida, pero ya no como pasado sino como relación actual con la persona del médico”.<sup>2</sup> Con claras ventajas prácticas para esta actualidad, porque “esta nueva edición de la antigua dolencia ha nacido ante los ojos del médico, el cual se halla además situado en el propio nódulo central de la misma y podrá, por lo tanto, orientarse más fácilmente”.<sup>5</sup> La realidad es ahora la realidad del análisis y no una realidad exterior, pasada, es lo que pasa *aquí, ahora y conmigo*. Es que “la inmediatez engendra la convicción”.<sup>13</sup>

“La transferencia crea así una zona intermedia entre la vida y la enfermedad.” “El nuevo estado ha acogido todos los caracteres de la enfermedad, pero constituye una enfermedad artificial, asequible por todos lados a nuestra intervención. Al mismo tiempo es también un trozo de vida real, pero provisorio.”<sup>4</sup> Si faltaran otras razones para atender a esta realidad actual, esta sería suficiente: “Nadie puede ser vencido en ausencia o en efigie.”<sup>3</sup> El análisis se hace ahora sobre algo *material*, lo que ocurre entre analista y analizando, aun cuando este material está nutrido de fantasías. Y es aquello que, por ser lo real, es lo único modificable.

En este proceso ocurre otra forma de transferencia, de dirección inversa a aquella de la que partimos: las modificaciones que surgen en la relación actual

son capaces de operar modificaciones en otras relaciones. “La curación de esta nueva neurosis artificial coincide con la de la neurosis primitiva, objeto verdadero del tratamiento, quedando así conseguidos nuestros propósitos terapéuticos.”<sup>5</sup>

Klein hace algo más explícita esta forma de transferencia, por la diferencia entre símbolo y ecuación simbólica. Así como la proyección o la identificación proyectiva conforman la relación transferencial, la introyección permitirá la modificación de la relación de objeto transferida. La relación con el analista supone que el analista representa el objeto de las relaciones, pero éste *responde* de otra manera y no como el objeto esperado, no entra en el circuito de la actuación. Esta no-realización de la expectativa permite hacer experiencia de relación con el objeto como diferente y lleva a descubrir en el objeto original aspectos que no habían aparecido en su momento. Y aun descubrir la complicidad del sujeto en que el objeto fuera tal cual es transferido y no tal cual aparece ahora, descubriendo el deseo del sujeto que el objeto tal cual fue transferido no hacía sino *realizar*, esto es, *actualizar*.

**IV** La transferencia es *actualización*, y esto es actuación, puesta en acto de algo, sea esto huella, disposición o estructura. Con la transferencia “se actúa un fragmento de los recuerdos y fantasías en lugar de reproducirlos verbalmente en la cura”.<sup>2</sup> “El enfermo queda obligado a repetir lo reprimido como un suceso actual en vez de, según el médico desearía, recordarlo como un trozo del pasado.”<sup>6</sup>

Entre recuerdo y acto, lo actual y lo inactual, ¿hasta dónde hay oposición y no se trata más bien de la manera esencial de recordar que la transferencia, en cuanto *actualización*, estaría ejemplificando?

La reflexión nos enseña, en efecto, que *no hay manera de recordar sino en acto*, que la rememoración no tiene Jugar sino realizándose, en una actualización. Recordar una tonada *equivale a ejecutarla* y esto supone algo que es todo lo contrario de algo presente todo a un tiempo, como en un archivo de imágenes fotográficas, o en el diccionario. Pensar un movimiento implica la estimulación, así sea en esbozo, de los músculos que intervienen en su

ejecución y pensar una palabra es inseparable del poner en marcha su pronunciación. Así también, oír y hablar se implican.

Las formas de notación, huelgas, signos o grafías, resultan ser engañosas para la comprensión del problema del recuerdo. La notación no sustituye a la realización, sino que apenas la abrevia haciendo innecesaria su consumación. Basta la notación, como señal, para saber ya de qué se trata —como basta la estimulación que da inicio al movimiento—, y saber de qué se trata es saber que podemos completar el movimiento y pronunciar la palabra.

Si esta consumación puede volverse innecesaria, es porque nos sabemos con la facultad de hacerla, es porque *disponemos* de esa palabra disponiendo de la posibilidad de pronunciarla. Tenemos adquisiciones, disposiciones. Por ellas podemos continuar con el asunto sin detenernos en la interrogante frente a cada una de sus instancias y giros de presentación, ante cada una de las palabras que usamos u oímos. Es esta una palabra *hablada*. Pero también tenemos una palabra *hablante*,<sup>11</sup> que ocurre cada vez que una palabra deja de funcionar en un contexto y nos preguntamos por su sentido o pertinencia. Entonces la pronunciamos morosa y cuidadosamente, la rehacemos, se nos vuelve espectáculo, la descubrimos. Con ello lo que hacemos es *interpretarla*, en todos los sentidos del término: la encarnamos, la actuamos y le damos sentido, el apropiado al contexto de que se trata.

Nada diferente de una interpretación ocurre en la transferencia. En ella el analizando, como un actor, actualiza un papel y convoca al analista a desempeñar el suyo personificando un cierto objeto, da un sentido a la relación y las interpretaciones tienen como texto las fantasías, de las cuales el pasado es un caso particular.

La relación entre acto y recuerdo aparece como una relación esencial y lleva a poner en cuestión todas las apelaciones a la teoría visual de la memoria y el abuso de la imagen, sea visual o no. Más bien nos hallamos ante actos que sólo existen cumpliéndose, lo que es lo contrario a una imagen que tiene todos sus detalles presentes a un tiempo, aun cuando nos exija un tiempo contabilizarlos todos. Más allá de esto, se trata no de una función intelectual,



sino de un ejercicio de nuestro ser encarnado, que nos coloca antes del cartesianismo.

La relación entre transferencia y actualidad puede entenderse como la relación entre disposición y actualización, entre lo expresado y la expresión. El pasado transferido es lo pre-existente, aquello de lo que disponemos para entender y encarnarnos con lo actual, la experiencia ya tenida a través de la cual proponemos una hipótesis para la situación actual. Tanto como lo transferido, lo expresado existe *antes* de su expresión. Pero, ¿en qué sentido es esto cierto?

Puede pensarse que, se exprese o no, ya está hecho, definido y concluso, y que podría hacerse un inventario de los rasgos de esto a expresarse, como el diccionario hace el inventario de los sentidos de un término. Que además esto a expresarse es la causa de la expresión, la que sólo le agrega a lo expresado al hacerse público, pero que no lo necesita para conocerse a sí misma. La expresión podía ser necesaria por otras razones (alivio de tensión por ejemplo) pero lo expresado no lo necesita. Esto a expresarse explica lo expresado en el marco de una *descarga*.

Ahora bien, esta idea de que lo expresado no necesita de su expresión no se funda tanto en que algo nos hable de que el expresado existe hecho y concluso antes, sino más bien en que, en la operación expresiva, pueden reconocerse dos etapas. En una, se trata de la creación, del momento del hallazgo de algo, y aquí la expresión está tan unida a lo expresado que *no sabríamos de qué se trata sin su expresión*: ella le da cuerpo y existencia a algo que *antes* no lo tenía ni existiría sin ella. En el segundo caso, se trata de aquello de lo que disponemos, de las expresiones ya logradas y que hemos incorporado. Aquí lo expresado pre-existe pero en el sentido de que disponemos de sus formas de expresión. Además reconocemos en varias expresiones un mismo contenido expresado, disponemos de varias maneras de decirlo. La preexistencia de lo expresado radica en estas varias posibilidades, en que lo expresado no necesita de *esta expresión*. Pero no se trata de que pre-existe algo ya hecho, sino de disponer de otras posibilidades de decirlo. Y de allí que esta expresión actual aparezca como contingente a algo expresado.

Lo mismo ocurre en sentido inverso, si vamos de la expresión a lo expresado no hallamos algo único, cerrado, discreto, sino más bien un abanico. Desde que a una misma expresión se adscriben variados contenidos, desde que admitimos la sobredeterminación. Y de este abanico no hay inventario posible, porque cada uno de sus términos, cuando lo atendemos, a su vez se abre y remite a un fondo de existencia sobre el cual tenemos apenas un *dominio sumario* y nada parecido a una posesión.

Una misma “causa”, un mismo motor, da lugar a numerosas consecuencias, un mismo “efecto” reconoce una multiplicidad de causas. La cadena se forma a partir del efecto, en la búsqueda de sus antecedentes, de lo que allí *se quiere decir*. Los que aparecen como antecedentes se definen como tales sólo con posterioridad a la causa: allí ciertas ocurrencias anteriores parecen ordenarse en una secuencia como dirigiéndose a este desenlace, a su actualización. Y tales acontecimientos son *pasado* no por una cualidad que reside en ellos (diferenciándolos de la fantasía), sino porque están en un cruce, intersectan con otras experiencias (mías, de otro) que lo “ubican” y definen su carácter de “pasado”, y así también lo real está en la intersección de experiencias de varias direcciones.

V El pasado, lo inactual, viene a cuento para ilustrar lo actual, nuestro tema. Este centramiento desliza a veces hacia una especie de traducción mecánica: todo lo que el analizando refiere se refiere sin más al analista. Esta simplificación podría considerarse un error técnico, pero es algo más cuando va acompañada de la reducción de la relación analítica a una relación dual. El prejuicio del objeto que funda esta reducción elude el que toda relación de objeto transcurre en una atmósfera edípica; que la ubicación del analista puede ser la del objeto mentado, pero entonces hay otro excluido; y olvida que la propia transferencia supone un tercero presente.

Pero por otro lado, en la misma medida que la actualidad adquiere relieve, ella se vuelve problemática, se vuelve *inefable*. Algo así ocurre con la palabra; tomada en su mera actualidad ella no puede decir nada. Si es algo más que ruido, sólo puede ser onomatopeya y se agota haciéndose presente a sí

misma, o bien tiene el valor de denotante y entonces no es más que un gesto que señala. Si la palabra puede decir algo, nombrar, es porque *remite*, a lo inactual, a la cosa y a otras cosas y a un fondo de cosas, a una experiencia de trato con la cosa y con el mundo.

Volvemos al tapete la repetición bajo una nueva luz, diferente de la de la puntualidad y del atomismo y en una dirección que no es la de la arqueología.

Que algo sea “repetición” habla de que hay continuidad, que esto actual tiene *raíces*, que remite a ellas y ellas representan la instancia que da sentido a lo actual y lo hace trascender. Sin este dirigirse a otra cosa y a otro momento, que es el éxtasis que le da cuerpo, se desvanece. 11

Pero a su vez, este pasado al que se dirige no es razón final que termina una cadena, este pasado es a su vez trascendencia. Porque nunca fue un *ya* hedió concluso. *Tal como lo actual*, en su momento contenía ambigüedades y referencias y lo actual no hace sino desplegar algunas de ellas. Al continuar lo pasado, lo actual no lo repite sino que le enseña algo de sí mismo que ese pasado, en su actualidad, no sabía. Si lo que se transfiere es el mundo interno y el pasado no tiene el carácter de algo *ya hecho* y concluso, entonces el pasado tiene antes que nada el carácter de “*fantasía del pasado*” y cabe la *transferencia de las expectativas no cumplidas*, de las aperturas no realizadas. De los deseos que se espera ahora sin poder *actualizar*.

Porque lo que se transfiere y “realiza” es el mundo interno, es que es posible que se transfiera lo que ocurrió y también lo que no ocurrió, que se intente actualizar las expectativas no satisfechas, la relaciones no logradas.

La remisión hacia el pasado no sólo no apunta a algo completamente concluso, ni a una condición suficiente, sino que tampoco apunta meramente a algo singular. No instaura un “sistema cerrado”. 20 Remite a una serie de antecedentes —y esta serie se arma como tal sólo ahora, a la luz de lo actual y no preexiste como tal serie—. Lo actual ordena un proceso del cual es su desenlace. Algo que busca a qué responde instaura la cadena causal, entra en la continuidad de un devenir. 11

Bajo esta forma abierta el pasado puede quedar comprendido en el presente y a la vez el presente en el pasado, enseñando en qué ha venido a parar.

“La TR tiende un puente entre el yo actual y el pasado perdido.”<sup>13</sup> Así *todo presente es pasatizado y todo pasado presentificado, y un aspecto de este proceso integrador es el nombrado por la transferencia.*

*Se trata de la temporalidad, de dar cuenta de la continuidad de hecho de nuestra existencia y de nosotros con cuanto nos relacionamos. “De hecho no es posible encontrar el acceso a las primeras emociones y relaciones de objeto sino por el examen de sus vicisitudes a la luz de desarrollos ulteriores.*

Es sólo por el relacionar una y otra vez (y esto significa un trabajo arduo y paciente) las experiencias ulteriores con las anteriores y viceversa; es sólo por el explorar consistente de su interjuego, que aquel presente y el pasado pueden juntarse en la mente del paciente.”<sup>15</sup>

La pregunta por lo obvio de la que surge la transferencia supone ahora un movimiento en dos direcciones.

El analista se pregunta *cómo esto que ocurre no tiene que ver conmigo* sino con otro, como lo que ocurre reitera, ilustra, menta lo ocurrido con otro a quien se trata de identificar. Y también se pregunta *de qué modo esto que ocurre con otro tiene que ver conmigo*, de qué modo está él involucrado en la situación actual. El analista oficia como eje y lo que se elabora en la relación con él es a su vez transferido a las demás relaciones, en el interjuego introyectivo-proyectivo. El mismo proceso que lleva a transferir a la relación actual lo inactual, lleva a transferir a lo inactual lo actual.

Esta *transitividad*, esta porosidad, una vez que se instala, no se aquieta sino que se expande y el pasado está lejos de ser la única dimensión de lo inactual en la que tenemos que comprendernos. La dimensión prospectiva es a veces olvidada, en continuidad con la visión mecánica que busca causas más que motivos, explicación más que comprensión. Pero ella está presente ya con la noción de defensa, que descubre que lo actual no sólo viene a resolver algo pasado sino que también apunta a algo que procura o que evita.

Así también tenemos que entendernos con lo contemporáneo, con lo interno (noción que se enriquece notablemente con el concepto de *mundo interno*) y lo externo (que será ahora lo real, situado al cabo de un proceso de experiencia y no sólo un punto de partida) por más problemáticos que sean estos conceptos, y en lo que el concepto de objeto parcial implica ya esta dirección integradora. Si lo transferido es una relación de objeto, esta relación ofrece facetas, las que de ordinario están escindidas y esparcidas entre un cierto número de objetos, ubicados en el tiempo que sea. La integración de estas facetas supone la integración de estos objetos “externos” con la relación objeto de análisis, que es lo actual pero que sólo puede serlo siendo a la vez, de siempre.

Entonces podemos entender la hipótesis de la estructura constante, como mentando *lo que hay de común* en lo actual y lo pasado, el asunto que entonces y ahora es la cuestión de que se trata, que no es ni puro pasado ni pura novedad y sí es ambos. Ya no se trata en la transferencia de una repetición compulsiva del pasado sino de la expresión del mundo interno en el que hallamos la copresencia de presente, pasado y futuro, la ausencia de “tiempo” propia de lo inconciente. Ausencia del tiempo lineal, en el que las unidades se suceden y que a la vez que es afirmado es puesto en cuestión por las aporías que representan la repetición (por la cual debería tratarse de un tiempo reversible) o la estructura (un tiempo sin sucesión, que no pasa).

**VI** La transferencia se constituye en una de las maneras de realizarse el movimiento integrador propio del pensamiento analítico —desde que se plantea hacer conciente lo inconciente, o rellenar las lagunas mnésicas—. La transferencia integra articulando una unidad de sentido. Ya el hablar de escisión ocurre sobre una presunción básica, presunción de una unitariedad —así sea parcial, lograda por parcialidades— que ha sido resquebrajada o que debe ser realizada. La ajenidad no lo es por esencia, ella toma forma de algo provisorio, a cambiar, en el mismo momento en que se plantea como tal ajenidad;

Esta unidad supone que no hay pura actualidad, ni puro pasado, ni puros sucesos aislados sucediéndose en un mero orden lineal. Hay aconteceres y esto implica referencia a un horizonte y a una generalidad que habla de lo que

esto actual tiene de singular y también de permanente en una vida. *No* hay nada inédito, nada para cuya comprensión no sea necesario asumir aquello a lo que apunta, a lo que remite, y lo comprendido lo es porque *realiza* aquello con lo que se co-pertenece, porque se inscribe en una historia y en un sistema, como momento de un proceso.

Nada se da por sí mismo, todo forma parte de un circuito de mediaciones y pertenencias. Un circuito que no tiene un término privilegiado. Cada palabra tiene su historia y sus usos, que son los contextos en los que ella es pertinente.<sup>17</sup> Estos son el *contenido* de la palabra. Al usarla contenemos nuestra interrogación acerca de ella, no necesitamos actualizar cuanto ella contiene porque *disponemos* de esos contenidos. Si la palabra adquiere un sentido unívoco, aquel que conviene al contexto actual, esto no habla de que alcanzamos una clave definitiva, sino de una *claridad de hecho*. La palabra ancla en un punto así privilegiado, pero no invalida a los demás sino por el contrario, los *contiene*,

La remisión no tiene un punto final. Al interrogarnos sobre la palabra o al buscar su etimología, no llegamos a un lugar en que su esencia aparece brillante y recortada. Todo lo contrario, sí entendemos bien, la vemos ramificarse y perderse en una multiplicidad de sentidos, nos topamos otra vez con su ambigüedad esencial.

Lo actual se comprende por lo pasado, por lo futuro, por lo contemporáneo externo o interno, por lo real y lo alucinado. *Un término ilumina al otro*, los términos se iluminan mutuamente, cada uno des-encubre en el otro aspectos que cada uno, en su actualidad, des-conocía. Por esta remisión lo actual se inscribe en un *nudo de relaciones*. La mediación se vuelve así esencial e ineludible, y no un mero instrumento más o menos necesario. La transferencia lleva hacia ese nudo. Por ello, aun con más derecho que decir que con la transferencia el sujeto ignora o distorsiona el presente, podemos decir que *con la transferencia, busca conocer mejor su pasado*.

En este proceso de integración que es la transferencia el sujeto se temporaliza, hace lo que se llama *ex-periencia*.

A través de la universalidad de la transferencia se *desrealiza* “la realidad”, el presente queda *onirizado* y en el centro del sujeto hallamos una *temporalidad* con la cual el tiempo, la lógica de la conciencia, deberá a su vez comprenderse como su congelamiento en instantes aislados. De esta onirización quiso dar cuenta el psicoanálisis cuando afirmó la fantasía como el modo primordial de darse lo que llamamos psíquico, que ya no es lo mental sino la comprensión encarnada que hacemos de nuestro ser-en-el-mundo. En las fantasías se articulan las dimensiones de lo inactual y lo hacen inscribiéndose en una historia que es un *cuento*, algo que se dice. Sobre esta historia tenemos un dominio apenas sumario y la unidad que la fantasía *realiza* es apenas una unidad presumida y que sólo ocurre por sectores. Que además, para conocerse, necesita de una nueva mediación, la del analista, que no es tal analista sino las transferencias de las que se hace cargo, que a su vez. . .

Porque de esta unificación en curso e inacabable, de este “continuo de la vida”<sup>11</sup> no salimos, es que tiene razón Freud al decir: “Sin transferencia no hay análisis posible”.<sup>8</sup>

Así como resistencia es el nombre de la intuición de que el otro, los otros, están en el centro de nuestro ser, el ser-con, así también transferencia es el nombre de la intuición de que una esencial continuidad al modo de la temporalidad está en el centro de nuestro ser.

## **BIBLIOGRAFÍA**

1. FREUD, S. (1895): “Estudios sobre la histeria.”
2. FREUD, S. (1901): Análisis fragmentario de un caso de histeria.
3. FREUD, S. (1912): “Dinámica de la transferencia.”
4. FREUD, S. (1914): “Recuerdo, repetición y elaboración.”
5. FREUD, S. (1917): “Lecciones introductorias al psicoanálisis.”
6. FREUD, S. (1920): “Más allá del principio del placer.”
7. FREUD, S. (1922): Psicoanálisis (artículo de la *Enciclopedia*).
8. FREUD, S. (1925): “Autobiografía.”
9. FREUD, S. (1925): “En memoria de Josef Breuer.”
10. FREUD, S. (1926): Psicoanálisis: Escuela Freudiana.
11. HEIDEGGER, M.: “Ser y tiempo.”

12. HEIMANN, P.: "Acerca de la contratransferencia." R. U. P, t. IV, nº 1/2.
13. HEIMANN, P.: "Dynamics of transference Interpretations." I. J. P .A., 37.
14. KLEIN, M.: *Algunas conclusiones sobre la vida emocional del lactante*. En "Desarrollos en psicoanálisis".
15. KLEIN, M.: "Orígenes de la transferencia." R. U. P., t. IV, nos. 1/2.
16. LAGACHE, D.: "El problema de la transferencia." R. U. P., t. I, nos. 2, 3 y 4.
17. MERLEAU PONTY, M.: "Fenomenología de la percepción."
- U. PACIUK, S.: "Actuar, hablar, interpretar." R. U. P., nº 56.
19. STRACHEY, J.: "Naturaleza de la acción terapéutica del psicoanálisis."
20. Von WRIGHT, G. H.: "Explicación y comprensión."